

Algunas propuestas en la línea de investigación de una sociología de la cultura política

Luis E. Madueño

Introducción

La cultura como conocimiento de la realidad implica un conjunto de herramientas con las cuales la gente actúa en contextos específicos y diferentes. Igualmente, podemos decir que es la destreza, en la medida que se configura en herramientas y no simple conocimiento teórico, que esconde dentro de sí para dar interpretaciones prácticas y de representación para buscar construir y orientar la realidad por parte de un grupo social o por el individuo.

No obstante, debemos señalar que la cultura y en especial su capítulo político, posee cierta inconsistencia en la medida en que las creencias no están absolutamente fijadas, pues estas son variables y fluctuantes. Esto es lo que permite de alguna manera a los grupos sociales y a las mentalidades colectivas posibilitar y enfrentar diferentes situaciones, ya que posibilita a los individuos dentro de su sociología espontánea tener sus propias observaciones empíricas además de sus propias dudas¹.

En este sentido, el interés por el estudio de la cultura política presupone la realización de un trabajo que está por realizarse: la sistematización de la teoría sobre la cultura política o un inventario sobre los antecedentes que han dado surgimiento a esta teoría. Además de una propuesta teórica que abarque dentro del análisis de la cultura política, los individuos, los grupos, las estructuras. El debate contemporáneo sobre la cultura se dirige a establecer la constitución de un campo de conocimiento que sea consecuente con su objeto epistemológicamente fundado sobre bases más ligadas a su

¹ Véase sobre estos aspectos de incongruencia cultural y sus herramientas, y estrategias de acción de la cultura, los trabajos de Terry Eagleton, 'La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales'. Buenos Aires, Paidós, 2001, Margaret S. Archer, Cultura y teoría social, Buenos Aires, 1997.



referentes, evitando de esta manera los sesgos de los primeros trabajos altamente positivistas (*comportamentistas*), que si bien es cierto fundaron las bases para el desarrollo del estudio de los valores y sus respectivas orientaciones, también tuvieron grandes dificultades.

En este artículo nos interesamos por el análisis de una cultura política emergente que obliga a la sociología política a revisar sus categorías conceptuales con el fin de aprehender de mejor manera los procesos políticos y no políticos, pero con gran relevancia para estos, con una nueva percepción. Percepción que hace volver reflexivamente a la sociología política sobre la teoría social. La búsqueda de la red estructural conceptual que organiza el concepto de cultura política está inmersa en la historia sociológica del pensamiento y en los fundamentos sociológicos para explicar el origen y conflicto que se generan en las sociedades. La primera prueba de que la teoría de la cultura política es histórica-conceptual es que ésta en un primer momento nos da cuenta de las dimensiones y clivajes que se producen, reproducen en las relaciones sociales, y a su vez es contemporánea, pues está dirigida a dar respuestas a las orientaciones de las prácticas políticas dentro de un contexto cultural tradicional. En un segundo momento, el cambio de las relaciones sociales, producto de los cambios de las fuerzas sociales (internas y externas²) nos lleva a la radicalización de estos tiempos modernos, lo cual nos indica que ahora es el futuro el que se recrea en el pasado con la mayor incertidumbre, en la medida en que las acciones políticas y sociales ya no tienen asideros que orienten sus prácticas, pues la innovación y la *reflexividad* buscan nuevos apoyos o asideros socioantropológicos para establecer preferencias selectivas frente a la incertidumbre del futuro.

Nuestro objetivo inicial ha estado vinculado con la teoría de la cultura política dentro de las

diferentes propuestas o áreas que dialogan con la sociología política. Además, sistematizar la producción teórica en este campo es un esfuerzo *a posteriori* como insumo básico para producir aportes significativos en el área básica de la relación entre cultura y política hacia posiciones más realistas frente a la incertidumbre como, por ejemplo, dirigirse a la profundización de una sociología del diagnóstico de la época, con aplicabilidad inmediata al análisis social, cultural y político. Igualmente, abordándola del modo más efectivo, entendiéndola como conjunto de sistemas simbólicos, cuyos elementos guardan un conjunto de relaciones internas entre sí, que en su totalidad caracterizan el sistema en general de conformidad con los universos políticos y la cultura general en la que se organiza ésta, con sus respectivas estructuras subyacentes de que ella es expresión así como los principios en que se funda.

Nuestra investigación se inscribe dentro de un campo especializado en la ciencia política que en los últimos años viene recibiendo grandes impulsos teóricos y metodológicos en la producción especializada europea, norteamericana y latinoamericana. Desde el punto de vista metodológico, nuestra orientación se ha venido desarrollando dentro de una perspectiva de orientación comprensiva y reflexiva de los aspectos culturales, perspectiva tradicional y de larga data en el análisis sociológico, que en los últimos años viene recibiendo grandes y significativos impulsos por parte de S. Lash, A. Giddens, U. Beck. Esto nos ayuda a desarrollar una concepción no funcionalista de la cultura política, cuyas bases se encuentran dentro de un sistema de significados (sociales y culturales) que se imbrican de forma interinstitucional e individual potencialmente contradictorios. Es decir, revisar la lógica de la teoría de la cultura política como

² Jean Paul Fitoussi y Pierre Rosanvalon plantean un trabajo interesante titulado la nueva era de las desigualdades, 1996, en el que dicen que las desigualdades se enmarcan dentro de dos tipos: estructurales o tradicionales (jerárquicas) y las dinámicas intracategoriales. Su repertorio está enmarcado entre: la desorganización del modelo salarial, el trabajo de las mujeres, las desigualdades geográficas, las desigualdades entre generaciones, las desigualdades de las prestaciones sociales, la complejidad del régimen tributario, las asignaciones locales, las desigualdades de acceso al sistema financiero, las desigualdades de la vida cotidiana, p. 73-102.

una estructura o red conceptual, cuyo significado está enmarcado dentro de unos procesos de decantación histórica a través de la estructura dimensional de que dispone el concepto.

Comprender las peculiaridades del concepto de cultura política en su lógica interna es posible si las consideramos a través de su dimensión interna para explorarlas como una red o estructura conceptual. De esta manera, el concepto de cultura política debe ser visto a través de un instrumento reflexivo (un acto interpretativo) que busque arar dentro de su contenido sobre la base de sus dimensiones para así poseer un instrumento heurístico-descriptivo que al aplicarlo a cualquier sociedad obtengamos sus diferentes dimensiones -como rigidez, composición, volumen y grado- buscando así salvar los límites de su operacionalización, dado que estas dimensiones buscan aprehender el sistema de significados propio de cada colectividad.

Dentro de este planteamiento tenemos que dejar algunas proposiciones que aunque no son hipótesis por contrastar sí nos ayudan a mantener un hilo conductor a través del artículo. De esta manera, el concepto de cultura política durante la modernidad simple u organizada:

- Posee una identidad relacional dentro de una totalidad histórica cuyo significado viene asignado por el lugar que ocupa dentro de una imbricación conceptual más amplia en la que está inserta.
- Mantiene su lógica estructural propia de su utilización simbólica que une al individuo con las estructuras sociopolíticas.
- Es parte de una estructura total que marca la red de relación entre economía, política y sociedad, de acuerdo con la articulación del Estado y su lógica discursiva.

En la modernidad reflexiva el concepto de cultura política se desintegra dentro de su propio proceso de contradicciones en la medida en que

la modernidad se radicaliza, convirtiéndose en un instrumento útil, pero en la medida en que deja atrás algunos contenidos o teoremas que no dan cuenta de los cambios que se vienen dando. Vamos a ver:

- La estructura de la sociedad pierde su capacidad constrictora del individuo, dejando ver que la agencia se traslada a los individuos.
- Se da un proceso de *destradicionalización* de las sociedades, en la medida en que las herramientas dúctiles de acción de la cultura abren paso a procesos de innovación de prácticas sociopolíticas frente a la incertidumbre en que nos encontramos. De tal manera que el análisis de la cultura política deja de ser determinista, es decir, estar explicando todos los valores alrededor del sistema político.
- Frente a un presente que se apoyaba en los elementos (ritos, ceremonias, tradiciones) del pasado, ahora tenemos un presente que se apoya en la incertidumbre del futuro.

De esta manera, aún no se estructura un nuevo modelo explicativo que se constituya en consenso de la nueva sociedad reflexiva, y una teoría cultural que se dirija a buscar diagnósticos bajo nuevas bases de la realidad para la formulación y replanteamientos teóricos.

2. Sociología política y cultura política

El estudio de la cultura política es una cuestión reciente y antigua a la vez, pues su intento de explicar los valores de cada sociedad y sus respectivas estructuras se entrelaza con los intentos explicativos de la sociología política del fenómeno político como objeto de estudio: desde Aristóteles a Tocqueville, desde Marx a Max Weber. Su versión moderna la encontramos en la sociología política a partir de la crisis de la democracia de Weimar y el surgimiento del nazismo, tal y como lo plantea Gabriel A. Almond³. Pasando por un tiempo de bajo perfil, por el alto grado de positividad que se le quiso dar a su análisis bajo el dominio de la perspectiva behaviorista. La facilidad del

³ Cf. Gabriel A. Almond: 1988, p. 77



empirismo y el desarrollo de la técnica tuvo un efecto perverso sobre la reflexión teórica.

Es dentro del análisis comparativo en su versión clásica donde la teoría de la cultura política busca aprehender los sistemas políticos como objeto de conocimiento científico, dotado de propiedades muy particulares, de situación histórica y de actores, que parecen *sui generis* pero, cuando se controla con la comparación las características de las estructuras sociopolíticas aunque no son iguales por su propia identidad, podemos distinguir rasgos similares y diferentes de evolución, lo que hace que la proliferación de hipótesis e ideas sea alentadora. De esta manera, el análisis clásico presenta evidencia de formas de realización más o menos originales que conservan un valor universal. Igualmente, cuando decimos que la cultura aparece como una cuestión reciente y antigua a la vez, es porque en los trabajos clásicos se presenta como espíritu, estado o conjunto de valores, conciencia colectiva, que implican dirección o guía de símbolos de la política de la nación o de grupos que conforman la nación.

Si nos adentramos aún más en el estado de la cuestión, es en los últimos años cuando los antropólogos, dejando atrás el legado estructural funcionalista, comienzan a escribir sobre la influencia de la tradición en la estructura comportamental, legado que nos ayuda a definir el concepto e identificar sus propiedades, pues la trayectoria histórica y su utilización como variable independiente asume su propia complejidad. De aquí que su estudio sea tan atractivo y especialmente apasionante, pues identificar su hilo conductor y su inserción en el análisis político es complicado de desenredar más no imposible. En efecto, a los politólogos se les ha hecho difícil diferenciar y aprehender el concepto en su dimensión científica como factor cultural descriptivo (menos aún explicativo) del sentido común o sociología espontánea, sobre el espíritu de los pueblos o el carácter nacional de las prácticas manifiestas

en su eje objetivo como son las prácticas estandarizadas institucionales.

También es importante que aquí la revalorización del legado de K. Marx, E. Durkheim, T. Parsons y J. Habermas de haber marcado el camino sobre la naturaleza explicativa del concepto y sus limitaciones.

Otra preocupación en los años más recientes es el estudio de los valores y actitudes sociales con atención por parte de los *cientistas* sociales, líderes políticos y empresarios, como consecuencia de los muy importantes y acelerados cambios que se han producido en los últimos años. Cambios que se traducen desde los valores materiales (cultura materialista) a valores posmaterialistas (cultura posmaterialista) dentro de la concepción de Ronald Inglehart. Estos últimos estudios han venido relacionando cultura política y democracia dentro de los cambios de los valores y su relación sobre estabilidad o inestabilidad de la democracia y el elemento conductual, relacionando de esta manera las estructuras y los comportamientos. La mayoría de politólogos, filósofos y sociólogos siempre trataron de establecer una relación intrínseca entre el sistema político, valores y comportamientos.

Por ejemplo, Jean Pierre Cot y Jean Pirre Mounier, advierten que no basta con tener instituciones y grandes principios democráticos para obtener un régimen democrático, sino que además tenemos que desarrollar algunos prerrequisitos funcionales o reglas operativas del sistema democrático, tales como actitudes políticas, normas de comportamiento, mecanismos de toma de decisiones, relaciones entre gobernantes y gobernados, es decir, la construcción de la ciudadanía⁴. Igualmente, Karl Mannheim, en su obra *Libertad, Poder y Planificación Democrática*, presenta la intención de justificar para la planificación y desarrollo de la democracia la formación de una conducta democrática, que aquí llamamos la formación de una cultura democrática integradora. Esta

⁴ Cf. Jean Pierre Cot y Jean Pierre Mounier: 1978, p. 262

tiene su especificidad en una conducta caracterizada por una mentalidad abierta, que está dispuesta a cooperar. Lo que significa llevar al individuo a su interacción con su medio social y político, a enfrentar el desacuerdo.

De esta manera, una cultura política democrática integradora significa una exposición a cambios y críticas. Esta cultura es algo más que una transacción (la transacción se da entre dos o más criterios en oposición; cuando una fracasa, surge la conveniencia política), significa que las personas plenamente conscientes del hecho de que poseen diferencias de posición social y constitución, de tendencias e intereses -pues ésta no es homogénea- que dan mapas de interpretación a sus expectativas y actitudes frente a las instituciones, al Estado, que en forma diversa transmutan, son capaces de estructurarse. Es decir, el conflicto de intereses se institucionaliza con el fin de cooperar para una forma común de gobernarse, sosteniendo que una cultura política democrática es incompatible con cualquier tipo de fanatismo. Mannheim deja planteado que una fase de decadencia se da cuando se llega a una cooperación excesiva (intercambios de prebendas, puestos, dinero), incluso con aquellos que no están de acuerdo, ha degenerado con frecuencia en la práctica de neutralizar los problemas de verdadera importancia. Esto conduce a una degeneración de la tolerancia creadora, transformándose en una política de neutralidad y complicidad, con una eliminación gradual de los asuntos fundamentales⁵.

Igualmente, Ronald Inglehart nos dice que la "cultura política tiene una historia llena de claroscuros. Sus proponentes han argumentado que la evolución y persistencia de una democracia de masas estable requiere la aparición de ciertas actitudes y hábitos de apoyo entre la población. Esta cultura política consiste en un consenso sobre ciertas reglas de juego o

procedimientos constitucionales, y el surgimiento de ciertas actitudes culturales básicas, como la confianza interpersonal y la predisposición a participar en política"⁶.

Es conveniente expresar que este conjunto cultural -como lo afirman los autores anteriores más apegados a explicar la cultura cívica- está relacionado con un sistema de creencias, un código de símbolos por los cuales se expresan las relaciones personales, la estructura social que caracteriza a una sociedad en un momento determinado y que evoluciona muy lentamente, o se transforma y se adapta con mayor o menor dificultad de acuerdo con la disposición al cambio de cada sociedad⁷. En la sociología política occidental, como consecuencia del proceso de decantación histórica, surgen tres tradiciones que abordaron el estudio de la cultura política desde diferentes perspectivas:

- La primera está enmarcada en la línea de filósofos y teólogos. Ésta plantea una serie de cuestionamientos al contenido de la obligación política y se enmarca en el deber ser (normativista), es decir, cómo construir una conducta o un comportamiento *cónsono* con la democracia. De ahí que surja una serie de interrogatorios al interior de esta primera perspectiva: ¿Cómo debería ser el comportamiento de los ciudadanos para el funcionamiento y estabilidad de la democracia? ¿Cómo desarrollar un tipo de virtud que pueda transformar a los individuos en ciudadanos, que puedan despertar las cualidades de participación política para evitar la oligarquización de ésta?
- La segunda aparece en contraste con la primera. Ésta se inscribe dentro de una tradición más sociológica, que busca relacionar el nivel de desarrollo económico con el surgimiento de la democracia y el subdesarrollo económico con la dictadura.
- La tercera perspectiva, mucho más restrictiva y restringida, se inscribe dentro de la sicosociología. A partir de los años cincuenta

⁵ Cf. Karl Mannheim: 1982, p. 236 y ss.

⁶ Ronald Inglehart: 1988, p. 48

⁷ Cf. J. P. Cot y J.P. Mounier: p. 252



Adorno busca establecer una correlación de variables mediante encuestas entre una personalidad autoritaria y una actitud conservadora; producto de esta investigación propone dos ejes axiales de clasificación para los temperamentos: duro-blando, derecha-izquierda. Igualmente, Laswell, a partir de 1946 (*Power and Personality*), propone en una investigación el tipo de conducta democrática: altruismo, sociabilidad, tolerancia, etc. Estos análisis están basados en la posibilidad de explicar hechos sociales mediante los procesos síquicos cruzados con algunos datos sociales, para extraer algunas conclusiones sobre el tipo de cultura política⁸.

Igualmente, siguiendo con la tradición de Parsons, encontramos a Gabriel Almond y Sidney Verba. Ellos desarrollan en 1963 uno de los primeros trabajos de largo aliento sobre cultura política y más específicamente sobre cultura cívica (esta última es más limitada y restringida que la cultura política), cuyo trabajo lleva el mismo nombre. En él plantean una serie de orientaciones políticas y correlaciones de los ciudadanos hacia el sistema político democrático. Esta investigación se enmarca dentro del funcionalismo, en la medida en que se busca cuáles son los elementos de que dispone o debe disponer la cultura cívica para el mantenimiento y adaptación de la democracia. Del mismo modo, dispone de sus elementos psicológicos, ya que ésta parte de la orientación de que dispone el individuo para evaluar el sistema político.

También podemos nombrar a Lucian Pye, el cual nos dice que la cultura política es la manifestación psicológica y subjetiva que posee el individuo sobre la política. Además, plantea que la cultura política es un intento para ordenar los nexos entre la psicología y la sociología al interior de la ciencia política, para tener una comprensión integral de la política⁹.

Más recientemente está Ronald Inglehart, cuyo trabajo se inscribe dentro de los cambios en que se ha materializado la cultura política en las sociedades industriales. En su primer trabajo, *The Silent Revolution*, deja planteada su hipótesis sobre el cambio de valores desde orientaciones materialistas a orientaciones posmaterialistas. En su segundo trabajo, *El Cambio Cultural en las Sociedades Avanzadas*, continúa con su hipótesis inicial bajo la variable del cambio del sistema de valores, teniendo en cuenta los valores que surgen en el interior de los diversos procesos y estructuras sociales, dirigiendo su análisis más hacia las relaciones entre cultura, economía, sociedad y política, dejando entrever la relación entre individuo y sistema¹⁰.

Gran parte de este estado de la cuestión responde al conjunto de fuerzas sociales e intelectuales que a través de la historia fueron cambiando el contexto social y cultural y por ende desde las ciencias se ha tenido que dar explicaciones para poder entender el poder y la magnitud de estas fuerzas tales como: las revoluciones políticas; la Revolución Industrial y el nacimiento del capitalismo; el nacimiento del socialismo; la urbanización; cambios religiosos; crecimiento de la ciencia; la ilustración. Estas fuerzas o corrientes sociales, que influyeron en los cambios del contexto sociopolítico, no hacen un proceso unilineal sino que están compuestas por un proceso interactivo entre el individuo, grupos de individuos y estructuras en la medida en que la agencia se traslada de un lugar a otro y ejerce su fuerza de acción de cambio.

3. Aproximación a las diversas dimensiones de la cultura política

Cada miembro de una colectividad está expuesto a una gran cantidad de dispositivos de inculcación y aprendizaje que le ayudan a

⁸ *Ibid.*, p. 253.

⁹ Cf. Lucian W. Pye: 1979, p. 328. Igualmente, véase la obra de Lucian Pye y Sidney Verba (dirs) sobre política cultural y desarrollo político, publicada en 1965 en Princeton University Press.

¹⁰ Véase la obra en su primera versión en castellano publicada en Madrid, Ronald Inglehart, 1991.

conocer y a formar su personalidad política y social. Para entender estos mecanismos, y en particular la elaboración de los diferentes sistemas de orientación personal que rigen las conductas individuales y colectivas en el campo político, se han elaborado diferentes estudios sobre socialización y análisis de las reacciones de los agentes sociopolíticos que estimulan a los individuos para entender su ambiente. Los individuos están expuestos constantemente a los diferentes debates de los actores públicos, sociales, profesionales, que encausan y motivan las acciones de estos sobre la base de un conjunto de herramientas que proporciona la cultura política.

De esta manera, los traductores políticos y sociales (partidos políticos, sindicatos, gremios de profesionales, movimientos de base, organizaciones no gubernamentales) participan en la construcción del sistema de personalidad (y en el índice de predisposición política) colectiva, que vienen a acentuar (positiva o negativamente) y a determinar las actitudes sociales y culturales frente a lo político y la política. Construyendo así una cultura política positiva orientada al respeto de las reglas de juego del sistema político o negativa que dirige el imaginario colectivo a la violencia política. Esto se ejerce mediante un sistema de símbolos representativos sobre los procesos políticos mentales e implicaciones afectivas socialmente determinadas (e inducidas institucionalmente)¹¹.

Falta precisar que la interpretación de la forma como se da y contextura a la cultura política es el resultado de la experiencia histórica de la vida colectiva que produce, mediante un proceso de decantación histórica, una situación de acción histórica determinada, impregnándola de una identidad característica, es decir, con una estructura que se mueve entre un conjunto de

relaciones materiales e inmateriales o valorativas que conforman un conjunto de relaciones humanas. Como dice Seiler¹², la cultura política es la memoria del sistema, memoria que es creada y estructurada por un conjunto de agentes (individuales y colectivos) socializadores, que promueven la conformación de orientaciones sociopolíticas a favor o en contra del sistema, pues es la socialización lo que permite conocer, participar e insertarnos en la cultura política de un momento de acción histórica.

Esta explicación es significativa en la medida en que nos adentramos en la dimensión estructural del concepto, pues nos indica que posee un conjunto de elementos que la componen. Considerando las tres dimensiones de Parsons en su sistema AGIL¹³, Almond y Verba distinguen tres componentes: *Orientación cognitiva* (conocimientos y creencia acerca del sistema político); *orientación afectiva* (sentimientos acerca del sistema político); y la *orientación evaluativa* (juicios y opiniones acerca del sistema político, en que se involucran las dos orientaciones anteriores)¹⁴. Igualmente, Patrick Lecomte y Bernard Denni¹⁵ desarrollan tres dimensiones acerca de la composición de la cultura política, sus mecanismos de elaboración y construcción de los universos perceptivos de los individuos. Estos elementos son:

- **Componente afectivo:** Está constituido por las reacciones emocionales que produce la interacción de los individuos con el sistema político, los actores. Estos pueden producir reacciones positivas o negativas para el ejercicio de las prácticas políticas.
- **Componente cognitivo:** La imagen que los individuos se hacen del sistema político y de la sociedad, proceso que se produce mediante la interacción entre el individuo y las estructuras que ejercen un poder de

¹¹ Para profundizar más sobre la especificidad de los tipos de cultura política véase los trabajos de Patrick Lecomte y Bernard Denni: 1990, pp. 97-132 y Philip Braud, 1993, 1993, p. 23

¹² Véase Daniel Louis Seiler: 1982, pp. 158-159; Daniel Louis Seiler: 19985, pp. 142-143 y Bertrand Badie: 1986, que tiene una visión muy parecida sobre los que describe la cultura política.

¹³ Véase sobre los componentes estructurales básicos de la cultura el trabajo de Talcott Parsons y Edward A. Shils: 1962, p. 201.

¹⁴ Gabriel A. Almond y Sidney Verba: 1992, p. 180.

¹⁵ Cf. Patrick Lecomte y Bernard Denni: p. 115.



constreñimiento en su comportamiento (Estado, partidos políticos, movimientos, la familia, la escuela, los tribunales, la policía, etc.). Sin embargo, hay que dejar claro que este proceso es recíproco va de los individuos a las estructuras y viene de las estructuras hacia los individuos. Son sistemas (micro y macro) de creencias y valores fuertemente arraigados e internalizados que ayudan a los individuos a interpretar su universo político.

- **Componente comportamental:** Concierne a todo aquello que se relaciona con los comportamientos políticos, a la acción política o a la intención de acción frente a un objeto que se considera a priori. Además, une a las otras dos dimensiones actitudinales, la afectiva y la cognitiva, las cuales pueden ser consideradas como las respuestas evaluativas que presuponen la acción o las prácticas del sujeto o actor, sin que esto deje por fuera la capacidad de innovación o espontaneidad de algunas prácticas de acción política.

A partir de estos elementos, la construcción sociológica del concepto de cultura orienta el análisis de los sistemas políticos en dos direcciones, según Bertran Badie:

- Ello supone abordar la realidad a través de códigos culturales, es decir, de sistemas de significados formados en la historia, que cumplen una función de control y cambio sobre la transformación de los procesos sociales y políticos.
- Estos códigos culturales deben permitir definir el contenido y las orientaciones de los diferentes objetos sociales que singularmente cada espacio cultural significa. Ello debe responder al perfil propio de cada sistema político y de las innovaciones que lo caracterizan.

En este sentido, la cultura política cambia de sociedad en sociedad y en el interior de ellas, de acuerdo con los actores y el tipo de desarrollo. Tomando prestada y con algunos cambios una

noción de Anthony Giddens¹⁶ podemos decir que la cultura política difiere en cada sociedad de acuerdo con cuatro dimensiones:

- **Volumen:** Se refiere al número de grupos e individuos que comparten más o menos una cierta cantidad de valores en torno al sistema político, que están de acuerdo en lo básico o difieren en lo fundamental.
- **Grado:** Es la intensidad o la manera en que estos valores, sentimientos, normas, hábitos, rituales y tradiciones están incorporados en las representaciones y conciencia colectiva.
- **Rigidez:** Implica el nivel de definición y el grado de flexibilidad en los cuales encontramos la capacidad de adaptarse, aceptar, rechazar o promover cambios en el interior de la estructura del sistema político, ya sean de índole revolucionario o reformista.
- **Composición:** Implica el nivel de elementos que comparten las diferentes subculturas que se mueven dentro del imaginario político colectivo, o lo que es lo mismo, los sustratos bajo los cuales se mueve la conciencia política y social. Corrientes sociopolíticas compuestas por significados que comparten interactivamente los miembros de una colectividad (segmentos significativos de la población total) tales como partidos políticos (fracturas históricas o clivajes), movimientos sociales (incorporan nuevos elementos al acervo político y cultural o refuerzan los que tienen), organizaciones no gubernamentales (se presentan como alternativas de participación política y como forjadores de una nueva cultura política), sindicatos, gremios, etc.

Estas dimensiones nos ayudan a describir las formaciones culturales de las sociedades dentro de un cuadro que nos ayude a comparar. Es necesario destacar el talante de esta óptica sociológica. La sociología, por su naturaleza es comparativa. Negarle esta característica a la sociología es negarle su propia existencia. Es evidente que los análisis sobre cultura política deben descansar sobre una estrategia

¹⁶ Véase Anthony Giddens: 1972. Anthony Giddens desarrolla cuatro dimensiones para señalar los cambios de conciencia colectiva de dos tipos de sociedades polares, las sociedades de solidaridad mecánica a sociedades de solidaridad orgánica; estas dimensiones son las siguientes: el volumen, la intensidad, el contenido y la rigidez.

comparativa que nos ayude a afinar más nuestras hipótesis, pues es a través de esta estrategia como dejamos atrás los límites que nos imponen los estudios de casos para interrogarnos sobre nuestra propia cultura. En este sentido, la estrategia comparativa se convierte en una herramienta liberadora tanto espiritual como científica que nos lleva a dejar atrás los parroquialismos en las investigaciones a que durante tanto tiempo nos han tenido acostumbrados, especialmente en América Latina, como si se nos hubiese prohibido estudiar comparativamente nuestros países. ¿Por qué conocemos más de los sistemas políticos de los países europeos que de los nuestros? Seguro que hay muchas respuestas a estas preguntas: de orden burocrático, falta de una comunidad científica. Sin embargo, esto no quiere decir que no podamos compartir una estrategia comparativa por encima de muchas dificultades.

Dentro de esta misma línea, Lucian W. Pye presenta el "análisis cultural en el contexto de un método permanente de aprehender, la manera en que los pueblos desarrollan, mantienen y cambian la base fundamental de los comportamientos políticos, así como la estabilidad e inestabilidades colectivas de las diferentes constelaciones de actitudes y sentimientos"¹⁷.

De esta manera, las estructuras políticas son la exteriorización de la cultura política, es decir, las formas como los mitos, las creencias y los valores asumen su forma objetiva exteriorizada producto de la experiencia histórica de los individuos y demás actores, es la expresión del sentido de la acción social de los hombres, pues es a través de sus relaciones de desigualdad como se originan formas de pensar, sentimientos y ordenamiento de las prácticas que se manifiestan en instituciones. Nos encontramos, hoy más que nunca, con una cultura política que es afectada constantemente por una historia

de tradición y modernidad política y social que no cesa de estar en conflicto. La cultura política es causa y producto, pues funda la existencia de una explicación cultural sobre la génesis de las instituciones y sobre los medios de la reconstrucción. No podemos renunciar en el estudio de la cultura política al análisis de una profundidad histórica donde los actores reúnen en una misma cronología la elaboración de los sistemas de significados, la construcción de valores, la formación y la reproducción de actitudes¹⁸.

Algunos autores enfatizan dentro del análisis cultural algunos problemas de método; por ejemplo, Carlos Beorlegui, apoyándose en Clifford Geertz, plantea la dirección del análisis cultural hacia una teoría interpretativa de la cultura "que centra su atención en el elemento simbólico de las culturas, por cuanto, según él, lo simbólico son hechos tangibles y no sólo espejismos o realidades elusivas, y la labor del antropólogo consistirá en interpretar su contenido, en la medida en que lo simbólico es el elemento que define y constituye substancialmente lo cultural"¹⁹.

Clifford Geertz nos dice que "la cultura se aborda del modo más efectivo, entendida como puro sistema simbólico (la frase que nos atrapa es en sus propios términos), aislando sus elementos, especificando las relaciones internas que guardan entre sí esos elementos y luego caracterizando todo el sistema de alguna manera general, de conformidad con los símbolos centrales alrededor de los cuales se organizó la cultura, con la estructura subyacente de que ella es una expresión o con los principios ideológicos en que ella se funda"²⁰.

Este análisis interpretativo estaría dirigido a interesarse por los "efectos políticos (voto, abstención, militancia partidaria, participación en manifestaciones) de hechos sociales aparentemente extraños a las actividades

¹⁷ Citado por Bertrand Badie: 1986 pp. 43-44.

¹⁸ Cf. *Ibid.*, p. 55.

¹⁹ Carlos Beorlegui: 1993, p. 72

²⁰ Clifford Geertz: 1996, p. 29.



políticas o no identificadas como tales. En todas las formas de relaciones, sean entre individuos o entre grupos, el sociólogo trata de descubrir su fundamento político, aunque sabe que la mayoría de dichas relaciones no tienen por objeto general esas actitudes"²¹.

La cultura política, como estructura, es también un proceso y una cosa, en la medida en que constriñen el comportamiento de los individuos, ya que los individuos se crean y recrean en las estructuras a través de la interacción social. Ella también se refiere al ordenamiento de los procesos interactivos, en los cuales los individuos o grupos de individuos, a través de la rutinización, el hábito, el rito, se entandarizan en prácticas de acción y construcción de los universos políticos a lo largo del tiempo y el espacio, de aquí que la cultura sea tanto el proceso como el producto de las prácticas de rutinización de hábitos, estandarización y de innovación. La cultura política y las formas de actuar y comportarse dependen una de otra, es decir, la cultura sólo existe en la medida en que constriñe el comportamiento individual y colectivo, y le concede a los grupos e individuos herramientas y oportunidades para enfrentarse a las necesidades e incertidumbres que demanda el medio ambiente sociopolítico.

Tal como lo dice Ann Swidler, cada contexto²² sociocultural tiene sus diversas formas de actuación, complejas y sofisticadas, posee su propio repertorio de herramientas y acciones y estrategias. La cultura proporciona un conjunto de herramientas que están en conocimiento de los individuos ya sea de forma intuitiva, racional o más informado que definen y permiten el desarrollo de la acción.

De esta manera, las estrategias vienen a ser el producto del abanico de posibilidades que proporciona o nos ofrece la cultura, y esta a su vez nos indica la elección de los objetivos y la búsqueda de los medios para alcanzar los objetivos dentro de una situación y contexto determinados. El mismo repertorio de mitos, sentimientos y creencias de la cultura nos permite, por su dialéctica interna, innovar acciones frente a los altos grados de inestabilidad e incertidumbre que producen los cambios sociales y políticos²³.

Las instituciones de la modernidad organizada no poseen la *reflexividad* suficiente para dirigir los procesos de transformación (cultural) y la transición hacia nuevos valores. El análisis de la cultura política bajó del sistema y las estructuras para ubicarse entre los individuos, es decir, dirigirse al análisis de la seguridad ontológica de la política y lo político, y al análisis de la *desestructuración* o *desanclaje* del sistema institucional político. La cultura política tradicional implicaba fiabilidad, pues ésta proporcionaba a las acciones e instituciones asideros para sus prácticas.

Para finalizar, la sociología política se sitúa entre las ciencias de la naturaleza y las del espíritu. Se limitó más a reivindicar las exigencias del método científico en detrimento de la imaginación. Esto detuvo el proceso de una ciencia que tenía que ir reconociendo los significados de los tiempos. Este proceso se viene revirtiendo en la medida en que la teoría política regresa a ver la teoría social. A la orden de los cambios que se están acentuando se comienza ya a aflojar la noción premoderna de la sociología política, hacia una sociología política más reflexiva.

²¹ Jacques Lagroye: 1994, p. 10.

²² "Los contextos conforman las situaciones de la acción, situaciones a cuyas cualidades recurren continuamente los agentes al orientar recíprocamente lo que hacen y dicen". Anthony Giddens: 1990, 279.

²³ Cf. Ann Swidler: 1996/1997, p. 137.

Bibliografía

ALMOND, Gabriel A. y VERBA, Sidney. "La Cultura Política". En Varios Autores, Diez Textos Básicos de Ciencia Política, Barcelona, Ariel, 1992.

ALMOND, Gabriel A. "El Estudio de la Cultura Política", Revista de Ciencia Política, Vol. X, Nº 2, Chile, Instituto de Ciencia Política Pontificia Universidad Católica de Chile, 1988, pp. 77-89.

ANNINO, Antonio (coord). Historia de las Elecciones en Iberoamérica, Siglo XIX, Buenos Aires, FCE, 1995.

ARCHER, Margaret S. Cultura y teoría social, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1997.

BADIE, Bertrand et HERMET, Guy. Política Comparada, México, FCE, 1993

BADIE, Bertrand. Culture et Politique, París, Económica, 1986.

BECK, Ulrich. "La Reinención de la Política: Hacia una Teoría de la Modernización Reflexiva". En U. Beck, A. Giddens y S. Lasch, Modernización Reflexiva, Política, Tradición y Estética en el Orden Social Moderno, Madrid, Alianza Universidad, 1994, pp. 13-74.

BEORLEGUI, Carlos. "La Postmodernidad en la Antropología: De la Objetividad (Científica) a la Retórica (Literaria)", Letras de Deusto, Nº 59, Deusto, Mayo-Junio, 1993, pp. 65-86.

BRAUD, Philippe. El Jardín de las Delicias de la Democracia, México, FCE, 1991.

BEYME, Klaus Von. La Clase Política en el Estado de Partidos, Madrid, Alianza Universidad, 1995.

_____. Teoría Política del Siglo XX. De la Modernidad a la Postmodernidad, Madrid, Alianza Universidad, 1994.

CALVO B., Tomás. "Cultura, Culturas, Subcultura". En Román Reyes (Dir.), Terminología Científico Social. Aproximación Crítica, Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 235-241.

CANCLINI, García N. Culturas Híbridas. Estrategia para Entrar y Salir de la Modernidad, México, Grijalbo, 1990.

COT, J.P. y MOUNIER, J.P. Sociología Política, Barcelona, Editorial Blume, 1978.

FITOUSSI, Paul J. La Nueva Era de las Desigualdades, Buenos Aires, Manantial, 1997.

EAGLETON, Terry. La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales, Buenos Aires, Paidós, 2001

GEERTZ, Clifford. La Interpretación de las Culturas, Barcelona, Gedisa, 1996.

GIDDENS, Anthony. "Vivir en una Sociedad Postradicional". En U. Beck, A. Giddens y S. Lasch, Modernización reflexiva: Política, Tradición y Estética en el Orden Social Moderno, Madrid, Alianza Universidad, 1994, pp. 75-136.



_____. "El Estructuralismo, el Post-estructuralismo y la Producción de la Cultura". En Anthony Giddens y Jonthan Turner, *La teoría Social, hoy*, México, Alianza Editorial, 1990, p. 254-289.

_____. "Introduction: Durkheim's Writings in Sociology and Social Philosophy". En A. Giddens (ed), *Emile Durkheim: Selected Writings*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, pp. 1-50.

INGLEHART, Ronald. *El Cambio Cultural en las Sociedades Industriales Avanzadas*, Madrid, Siglo XXI y Centro de Investigaciones Sociológicas, 1991.

_____. "Cultura Política y Democracia Estable", *REIS*, N° 42, Madrid, Abril-Junio, 1998, pp. 45-65.

LAGROYE, Jacques, *Sociología Política*, Buenos Aires, FCE, 1994.

LASH, Scott. "La Reflexión y sus Dobles: Estructura, Estética, Comunidad". En U. Beck, A. Giddens y S. Lash, *Modernización Reflexiva: Política, Tradición y Estética*, Madrid, Alianza Universidad, 1994, pp. 137-208.

LECOMTE, Patrick y Denni Bernard, *Sociologie du Politique*, Grenoble Cedex, Presses Universitaire de Grenoble, Pug, 1990.

MANNHEIM, Karl, *Libertad, Poder y Planificación Democrática*, México, FCE, 1982.

MOLS, Manfred. *La Democracia en América Latina*, España, Editorial Alfa, 1987.

PARSONS, Talcott. *El Sistema de las Sociedades Modernas*, México, Editorial Trillas, 1994
_____. *La Sociedad. Perspectivas Evolutivas y Comparativas*, México, Editorial Trillas, 1974.

PARSONS, T. y SHILLS, Edward A. *Hacia una Teoría General de la Acción*, Harward, University Press, Cambridge, 1962.

PYE, Lucian. "Cultura Política". En David L. Sills, *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, N° 3, España, Editorial Aguilar, 1972, pp. 323-328.

RITZER, George. *Teoría Sociológica Clásica*, España, McGraw-Hill, 1993.

SANI, Giacomo. "Ciudadanos y Sistema Político: Participación y Cultura Política de Masas en Italia", *Revista de Estudios Políticos*, N° 79, Nueva Época, España, Enero-Marzo, 1993, p. 121-138.

SEILER, Daniel Louis. *Comportement Politique Comparé*, París, *Economica*, 1985.

SEILER, Daniel Louis. *La Politique Comparée*, París, Armand Colin Editeur, 1982.

SWIDLER, Ann. "La Cultura es Acción: Símbolos y Estrategias". En María Luz

MORÁN (comp), *Cultura y Política*, *Revista Zona Abierta*, N° 77/18, Madrid, Editorial Pablo Iglesias. 1996/1997, pp. 127-162.

VALLENILLA, Lanz Laureano. *Cesarismo Democrático*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1990.